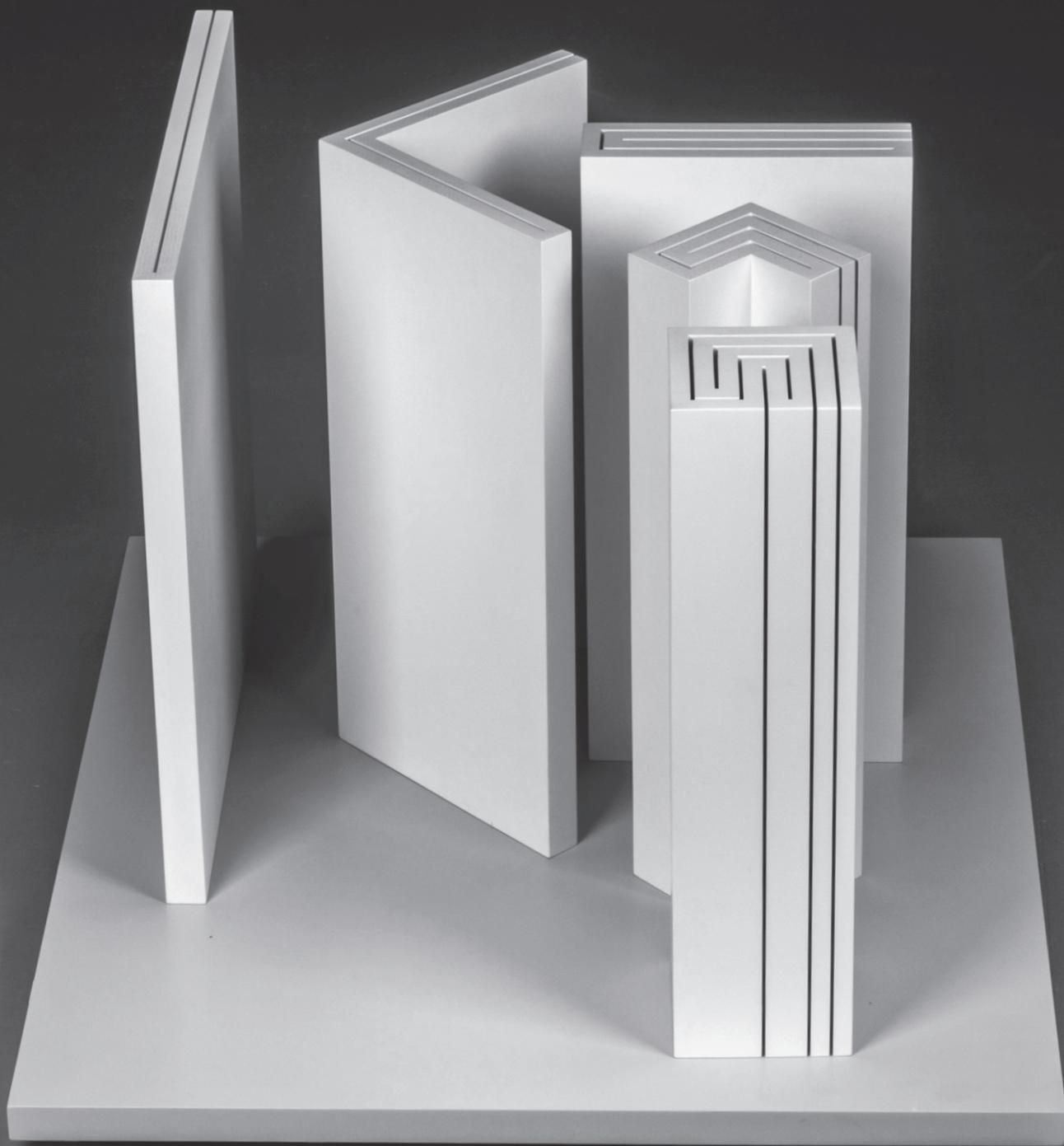


NORBERTO GÓMEZ



Prensa

III Bellas Artes

Norberto Gómez

Esculturas

El Museo Nacional de Bellas Artes presenta desde el 11 de octubre hasta el 23 de diciembre de 2016 una exposición del artista argentino Norberto Gómez, en la que exhibe un importante cuerpo de obra escultórica.

La muestra reúne treinta y cinco piezas realizadas entre 2014 y 2016, de las cuales diez son reelaboraciones de obras que Gómez había realizado a fines de los años 60, estructuras primarias, minimalistas que el tiempo destruyó o hizo desaparecer. El resto es un conjunto de obras nuevas que se postulan, de alguna manera, como una continuación de aquellas.

Esta exposición plantea una retrospectiva anómala en tanto reúne obras de dos períodos separados por más de cuarenta años que dan lugar a una fuerte paradoja: casi no hay distinción entre las obras de los 60 y las actuales. La puesta en suspenso del tiempo de elaboración —o acaso cabría hablar de su anulación— que media entre ambos momentos reabre la cuestión de la perennidad del arte —o, lo que es lo mismo, de su relativa ahistoricidad—, cuando consigue despojarse de las ataduras que la crítica o la cultura de su época le imponen.

La nueva producción de Gómez roza por momentos las metáforas figurativas. Falsas cruces, letras fragmentadas de marquesinas escritas en un idioma ininteligible, diagramas arquitectónicos que no llegan a consumir su forma de manera explícita. “El rigor de sus búsquedas, siempre refractarias a las modas y tendencias del momento, se consuma en geometrías oníricas que resuelven, al reducir a su núcleo más puro, los estadios de una obra que atravesó y signó el último medio siglo y alumbra el recorrido del porvenir”, dice Andrés Duprat, director del Museo.

“Pienso en mis obras como verbos en infinitivo que se pueden conjugar como a uno le parezca. Si no fueran así no tendrían savia, no crecerían, se verían y no dejarían nada impregnado. El destino de las obras es la memoria, ese es el lugar a donde van dirigidas. Son patrimonio de la memoria de los que las ven”, dice Gómez sobre su obra.

“Norberto Gómez. Esculturas” podrá visitarse en el Pabellón de exposiciones temporarias del 11 de octubre al 23 de diciembre, de martes a viernes, de 11 a 20, y sábados y domingos, de 10 a 20, con entrada libre y gratuita. Habrá visitas guiadas a la muestra los miércoles, viernes y domingos a las 16, a partir del viernes 14 de octubre.

Norberto Gómez

Esculturas

por Andrés Duprat

Director del Museo Nacional de Bellas Artes

El origen es el destino

Walter Benjamín

Medio siglo de trabajo constante le ha otorgado a Norberto Gómez un lugar preferencial en la plástica argentina contemporánea. Reconocido por pares y críticos, su llegada al Museo Nacional de Bellas Artes con una muestra individual es un verdadero acontecimiento: no solo comporta un honor para la institución sino que además brinda una ocasión para difundir masivamente su obra y releer su trayectoria de un modo especial. Pues esta exposición plantea una retrospectiva anómala en tanto reúne obras de dos períodos separados por más de cuarenta años que dan lugar a una fuerte paradoja que reside en la fuerte similitud de sus búsquedas estéticas de las obras de los 60 con las actuales. La puesta en suspenso del tiempo de elaboración —o acaso cabría hablar de su anulación— que media entre ambos momentos reabre la cuestión de la perennidad del arte —o, lo que es lo mismo, de su relativa a-historicidad—, cuando consigue despojarse de las ataduras que la crítica o la cultura de su época le imponen.

Se trata, por un lado, de construcciones geométricas de los años 60 que habían sido destruidas casi en su totalidad y que fueron recreadas por Gómez con oficio y precisión, y por otro lado, de obras actuales que se postulan como una continuación de aquellas. El diálogo planteado entre ambos extremos del arco vital del artista invita a la reflexión sobre la temporalidad, el devenir y la fragilidad de las lecturas —no pocas veces caprichosas— que cada trama histórica propone, así como pone en valor el resplandor de las potencialidades del arte que consigue atravesar las capas de sentido del tiempo y de la crítica y sigue interpelando al espectador con su enigma.

Aunque abstractas, sus construcciones minimalistas rozan por momentos las metáforas figurativas. Falsas cruces, letras fragmentadas de marquesinas escritas en un idioma ininteligible, diagramas arquitectónicos que sin embargo no llegan a consumir su forma de manera explícita, estas esculturas pertenecen a una memoria perdida y recuperada, cuya factura presupone un olvido casi deliberado de las estaciones temáticas y formales de Gómez en las décadas intermedias. Puesto que nada en ellas las reivindica como continuación de sus otras búsquedas: hay un corte, una omisión, y sobre todo un cambio de estética que es reparado por su reinscripción en el presente. Actualización dramática de un pasado que juega con la supuesta neutralidad de las formas geométricas, sus esculturas niegan las obras más conocidas de Gómez. Nada en ellas recuerda a las armas fantásticas medievales, a las anti-esculturas, o a los trabajos centrados en el cuerpo sometido a disolución donde la carne abyecta, los cadáveres amorfos, las vísceras inextricables devienen formas derretidas que desnudan su hueso. Nada remite a la metamorfosis de la materia en su devenir detritus, sus retablos y pórticos irónicos son apenas un recuerdo; la parodia de la estatuaria medieval, las parábolas concentracionarias con que pensó las tragedias históricas se disuelven en abstracción concreta en estas obras de su primer y último período escultórico. Artesano riguroso, Gómez desanda aquí el camino de la representación, la expresión o la significación para

entregarse de plano a la simpleza de la indagación del espacio, el movimiento y la luz, sugiriendo una clausura de toda ansia icónica, de todo gesto orientado por un sentido predeterminado. Hay, en sus geometrías, un simple mostrar la materia en su posibilidad de sugerir el dilema fundamental del existir en un eterno presente, sin atribuciones, sin opacidades, sin historia. Es el mero ser del mundo en su forma más simple, desnuda. Desvanecidas las pretensiones usuales que inficionan al arte (reflejar lo real, inventarlo, metonimizarlo, negarlo), solo cabe al objeto no metafórico, pura forma, ofrecerse en su corporeidad innominada.

Sin embargo, en la versión más actual de la serie asoma un universo apenas aludido que sugiere un viraje hacia lo concreto en el tratamiento icónico, al límite de la referencialidad. Citas cruzadas de la arquitectura monumental futurista en su versión italiana o soviética, o figuraciones involuntariamente paródicas de un constructivismo de cartón pintado, a medio hacer, conviven con escenas de interiores imperiales o con restos maquínicos devenidos instrumentos de interrogación por el espacio, la luz y el movimiento. Pero se trata de un registro fracturado que orienta su sentido en el diálogo posible entre varias épocas. Pues en estas esculturas campea la idea de una transmigración de las formas a través de las eras, en cuyo transcurso algo fundamental cae, se desvanece, pero no sin dejar el testimonio desapercibido de su huella, su médula irredenta. El tiempo, que ha hecho su labor de desbastado o pulimiento, arroja un resultado prístino, metonímico, con forma de incógnita iconográfica cuyo origen se ha perdido. Así, hay un piano sin cuerpo ni voz, una catedral gótica sin nave, obeliscos truncos, craquelados, o almenas medievales releídas por el cine de ciencia ficción, rozando la idea de que las formas de una geometría sagrada perenne perviven en su transmutación, en sus sucesivas encarnaciones. Como en una Babel construida con lenguas que nadie ya habla, la clave de intelección directa de estas obras ha caído en el olvido. Pese a lo cual es dable percibir una continuidad de las formas que, inadvertidamente, actualizan en su materialización el ademán —el lenguaje sin habla— que las sustenta.

A ese estadio ha arribado Gómez consiguiendo así cerrar un hiato en su deriva personal al lograr la formulación de un lenguaje claro, eficaz, propio de quien ha aprendido las formas fundamentales de la vida en un mundo de fuerzas en fuga y se propone registrar ese desvío al que pretende utópico. El rigor de sus búsquedas —siempre refractarias a las modas y tendencias de momento— se consuma en estas geometrías oníricas, que pese a su materialidad flagrante reclaman sacralidad, y que resuelven, al reducir a su núcleo más puro, los estadios de una obra que atravesó y signó el último medio siglo y alumbró el recorrido del porvenir.

Norberto Gómez

Nació en Buenos Aires en 1941 en el seno de una familia de inmigrantes españoles.

A los 13 años ingresó en la Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano, la que abandonó dos años después, disconforme con los métodos de enseñanza artística. Su escuela fue el taller de cartelería donde realizaba las grandes marquesinas de los cines de los años 70 y la elaboración de stands y escenografías para cine publicitario. En sus comienzos, como pintor, frecuentaba los talleres de Castagnino en la calle Defensa.

En 1964 viajó a Europa. En París trabajó con Julio Le Parc, asistiéndolo en la realización de su envío a la Bienal de Venecia.

Al volver produjo las obras geométricas minimalistas, estructuras primarias en transformación que reelaboró para esta exposición. Al tiempo, esas formas se fueron ablandando y derritiendo, dando lugar a las tripas y osamentas de poliéster que realizó en los años 70.

En los 80 trabajó con cartón haciendo armas e instrumentos de tortura, que darían origen al monumento Torres de la Memoria emplazado en el Parque de la Memoria, Monumento a las Víctimas del Terrorismo de Estado, de la ciudad de Buenos Aires.

Realizó muestras individuales en el Museo de Arte Moderno, Galería Ruth Benzacar, CAyC, Fundación Osde, Museo Sívori, Museo Caraffa de Córdoba y Museo Juan B. Castagnino de Rosario, entre otros, y participó de innumerables exposiciones colectivas en el país y el exterior. Recibió el Premio De Ridder en 1976, la beca Guggenheim en 1992, el Premio Leonardo a la Trayectoria en 2002, el Premio a la Trayectoria Artística del Fondo Nacional de las Artes en 2006, el premio Konex de Platino en 2012 y la Distinción a la trayectoria, otorgada por la Academia Nacional de Bellas Artes en 2016.

Sus obras forman parte de la colección del Museo Nacional de Bellas Artes, el Museo de Arte Moderno de Buenos Aires, el Museo Sívori, y otros museos y colecciones privadas argentinas y del exterior. Norberto Gómez vive y trabaja en Olivos, provincia de Buenos Aires.

Bellas Artes

Museo Nacional de Bellas Artes
Av. del Libertador 1473, Buenos Aires
+54 11 5288 9900
www.bellasartes.gob.ar

Norberto Gómez **Esculturas**

Del 11 de octubre
al 23 de diciembre, 2016
Pabellón de exposiciones temporarias

Martes a viernes de 11 a 20
Sábados y domingos de 10 a 20
Lunes: cerrado

Entrada libre y gratuita

Fotos de la exhibición disponibles en:
<https://www.flickr.com/photos/museonacionaldebellasartes/sets/>

Área de Prensa Bellas Artes
Tel.: (11) 5288 9918
Ana Quiroga: ana.quiroga@mnba.gob.ar
Eleonora Waldmann: prensa@mnba.gob.ar
Bettina Barbieri: bettina.barbieri@mnba.gob.ar